

*"El Señor está presente en Su santuario. Alabemos al Señor.*

*El Señor está presente en Su pueblo aquí reunido. Alabemos al Señor".*

Con mucha frecuencia cuando nos reunimos para los encuentros de oración, experimentamos la presencia del Señor. Las palabras de este conocido himno nos suenan a verdaderas porque una y otra vez cuando empezamos a alabar juntos nos damos cuenta de que el Señor mismo está con nosotros. Los participantes individuales y el grupo como un todo no sólo creen, sino que tienen también el conocimiento, la sensación, el sentimiento de que Dios está con ellos. A veces parece como si Jesús estuviera de pie en medio de la habitación. A veces parece que una cascada del Espíritu se está derramando sobre cada uno de los presentes. En otros momentos parece que todo el grupo se une a la corte celestial delante del trono del Padre. Todas estas experiencias distintas refuerzan nuestra convicción de que de un modo maravilloso el Señor está presente en nuestras reuniones de oración.

Esta experiencia de la presencia del Señor en los grupos de oración no es nueva. Ha sido característica de la Renovación durante treinta años. Tampoco está limitada a los grupos carismáticos católicos. Los carismáticos protestantes y los pentecostales también son testigos de la misma realidad. ¿Cómo deberíamos entender esta presencia del Señor?

Para nosotros, como católicos, cuando consideramos la presencia del Señor, la primera cosa en la que pensamos es en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Así debería ser, porque en el sacrificio eucarístico Jesús se hace presente completa y enteramente bajo la apariencia del pan y del vino en la celebración continua de Su misterio pascual de redención. Este gran misterio de fe está en el centro de nuestra vida como Iglesia y de nuestras vidas como miembros individuales del cuerpo de Cristo. Sabemos que Cristo está realmente presente tanto en la misa misma, como en el sacramento sagrado reservado para los enfermos, para la devoción personal y para la adoración pública. Esto es tan maravilloso que cuando pensamos en Su presencia entre nosotros es en lo primero que pensamos.

Pero ésta no es la única manera que el Señor ha escogido para estar presente en nosotros y entre nosotros. Sabemos que, históricamente, el Señor estaba presente en su Encarnación. "La palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros" (Jn 1 14). También sabemos que prometió seguir estando con nosotros incluso después de Su Ascensión. "Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". (Mt 28 20). La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano Segundo nos ha ayudado mucho a comprender las múltiples maneras en que Cristo está presente entre nosotros, enseñándonos que Cristo está presente en Su Iglesia, en la liturgia, en la persona del ministro, en los sacramentos, en su Palabra proclamada y cuando nos reunimos a orar y a cantar, porque "donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (SC 7; Mt 18 20).

Jesucristo, el Señor resucitado, que realmente está sentado en el trono a la derecha de Su Padre, también está realmente aquí, con nosotros. Y no está aquí sólo de una manera, El está aquí de muchas maneras. De distintas maneras el único Señor está presente con toda la parroquia en la Eucaristía del domingo, y con la familia cristiana reunida en el cuarto de estar para orar.

Nos puede ayudar a comprender esto al considerar lo que sucede en el Bautismo. En el Bautismo, una persona renace a la vida de Cristo. El Espíritu Santo lo transforma en miembro del Cuerpo de Cristo, y le hace a uno copartícipe de la condición de hijo de Jesús. En el Bautismo uno se une a Cristo en Su muerte y resurrección y se identifica tanto con El que, como dice San Pablo, "no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2 20), y "¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros?" (2Co 13 5). El hecho es que la presencia del Señor con nosotros es fundamentalmente, la presencia del Señor en nosotros, una presencia que empieza en nuestro Bautismo y que establece nuestra identidad como cristianos.

No es de extrañar entonces, que cuando oramos para ser bautizados en el Espíritu, que es una renovación de nuestro Bautismo sacramental, experimentemos tan poderosamente la presencia del Señor con nosotros y en nosotros. Y cuando nosotros que estamos (por la gracia de Dios) en el Espíritu, y que tenemos (por Su misericordia) a Cristo viviendo en nosotros, nos reunimos para una reunión de oración, no es de extrañar que Su presencia se haga más fuerte, más clara y más efectiva a medida que los miembros de Su cuerpo se unen. Tanto para el individuo como para el grupo, esta es otra manifestación de que el Señor está verdaderamente presente. Como nuestros hermanos protestantes carismáticos y ortodoxos, comparten con nosotros tanto el

Bautismo como la liberación del Espíritu, experimentan ellos mismos esta misma presencia del Señor. Y la experimentamos juntos en ambientes ecuménicos.

En Su presencia real en nuestras reuniones, alabamos a nuestro Padre a través de El. Al mismo tiempo, con El viviendo en nosotros, actuamos como El ampliando Su ministerio de predicación, profecía, enseñanza, sanación, lucha contra espíritus malignos y construcción del Reino de Dios. Podemos hacer estas cosas porque, por Su Espíritu, El está verdaderamente en nosotros y con nosotros.